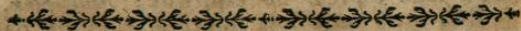


tos y su consuelo. Su paciencia invencible corona su heroísmo y su santidad. *Patiens*. Tal es la sólida moral que nos predica el exemplo de *San Luis*. Si vosotros la practicáis con fidelidad sobre la tierra, participaréis de la gloria de que él goza en el cielo. Amen.



## PANEGÍRICO

DE SAN BERNARDO,

primer Abad de Claraval, y Doctor  
de la Iglesia:

PREDICADO

*En la de los Reverendos Padres Fevil-  
llans de la calle de S. Honorato; en la  
de la Abadía real de Panthemón, y en  
la del Colegio de los Bernardinos.*

---

*Spiritus intelligentiae, sanctus, unicus,  
multiplex.* Espíritu de inteligencia,  
santo, único y multiplicado. *Sap. 7.  
v. 22.*

Si me atreveré yo á aplicar al espíritu de un hombre un augusto carácter, que única y esencialmente corresponde al espíritu de Dios? Espíritu de santidad, que es la fuente y el fruto de todas las gracias: *Sanctus*. Espíritu único, que no es comparable sino á sí mismo: *Unicus*. Espíritu multiplicado, que en-  
cier-



cierra toda especie de espíritus: *Multiplex*.

Esta es la ingeniosa interpretacion que da el mismo *San Bernardo* á las palabras de *Salomon* (1). Interpretacion en la que hace ver sin duda la imágen de sus virtudes, de su ciencia, de sus trabajos, de su autoridad, de sus victorias y de sus prodigios.

En todo es admirable, singular y único: *Spiritus unicus*. Si: *Bernardo* es hombre único. Unico por el conjunto de mil qualidades opuestas al parecer, y que tal vez no se han encontrado jamas reunidas sino en él solo; y único por la autoridad que aquellas qualidades brillantes le conceden sobre los monarcas, sobre los pontífices y sobre el Mundo entero.

En un solo hombre parece que se comprenden muchos: *Spiritus multiplex*. Por quantas partes se le considere se ve el hombre de Dios y el Santo. *Spiritus intelligentiæ, sanctus*.

*Bernardo*, hombre único por los rasgos singulares que caracterizan su santidad.

*Bernardo*, hombre único por la autoridad universal á que le hace acreedor su santidad.

Estos son los dos puntos de apoyo sobre los cuales me he propuesto compendiar su carácter, y cesar el plan de su elogio. Tú eres (1) la cabeza de una Orden de la que *San Bernardo* fué individuo. Éste la edificó con los ejemplos que tú ahora renuevas: se hi-

(1) Bern. *Serm. in fest. Pentecost.*

(2) El Abad del Cister que estaba oficiando la Misa.

hizo memorable por su zelo, en el que tú le imitas: fué uno de los primeros Padres, y tú eres el padre de aquellos que lo son tambien por sí mismos baxo de tu autoridad: eres padre mas bien por tu ternura, que por tus derechos y autoridad; y si el empleo que ocupas estuviera vacante, todos unánimemente te le ofrecieran de nuevo. AVE MARIA.

### PRIMERA PARTE.

Hay algunos hombres extraordinarios que se diferencian otro tanto de los demas por su ingenio y carácter, quanto por su nombre. Tal es como os voy á representar á *San Bernardo*. Sabio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo:: Por lo mismo os le he anunciado como un hombre único, pues son únicos los rasgos que caracterizan su santidad. *Spiritus intelligentiæ, sanctus, unicus*.

El hombre único no debe parecerse á los de su tiempo: debe ser todo lo contrario. Al acabarse el undécimo siglo y principiarse el duodécimo habia acrecentado la licencia de las armas (y con especialidad en Francia) los abusos y los escándalos. A la sombra del vicio acreditado se habian esparcido las tinieblas de la ignorancia. Esta habia producido por una parte la supersticion, y por otra la impiedad. Como era el siglo mas bárbaro, era tambien el mas irreligioso.

En medio de estas tinieblas apareció *Bernardo*, y lo llenó de luz y resplandor. Como de



de ingenio vasto, fácil, reflexivo, noble é insinuativo, levantó las ciencias del sepulcro que parecia encubrirlas. Trabajaba mucho en su restauracion miéntras que algunos espíritus presuntuosos se atrevían por otra parte á usurparle la gloria y el título de Mecenas de las bellas artes; empleando además contra la Religion sus perniciosos talentos, al paso que *Bernardo* se empeñaba en defenderla, tanto con el ardor de su zelo, como con la fuerza de sus discursos.

Para apreciar la singularidad de estos no hago mas que abrir y reconocer sus escritos. En ellos veo expresiones escogidas, reflexiones profundas y retratos animados, que son las qualidades que les distinguen y hacen tan apreciables. Hasta en la simplicidad y sencillez del estilo, reyna en ellos la elevacion, la nobleza y la magestad. Allí se encuentra la erudicion de un sabio, y la piedad de un santo. Entre los pasages tomados de la sagrada Escritura, se hallan sembradas la riqueza y la hermosura de la mas sublime eloqüencia. Son una encadenacion de pruebas, de pensamientos, y de pasages escogidos y tomados de Moyses, de David, de Salomon, de Jeremías y de San Pablo; pero ¡qué pruebas tan brillantes! ¡Qué pensamientos tan enérgicos! ¡Qué admirables sus pinturas y descripciones! Por todas partes manifesta *Bernardo* talentos superiores, únicos y variados.

Aquí es un Teólogo sólido que descubre con exáctitud y precision los dificultosos dogmas

mas de la gracia y de la libertad (1): y puede decirse, que se apoderó de la pluma del mismo S. Agustín.

Allí es un Filósofo juicioso, que descubre con arte los sutiles errores y equivocaciones de la falsa filosofía, desmenuzándoles y destruyéndoles á un mismo tiempo (2). Parece al ver sus obras en esta parte, que se leen los doctos escritos de San Justino.

Aquí presenta *Bernardo* como intérprete fecundo, y en el tiempo mas interesante, las verdades mas obscuras (3). San Gerónimo no dió mas luces sobre los sagrados libros.

Allí como predicador zeloso pinta con viveza el vicio y sus engañosos encantos: la ilusion que á estos acompaña, las conseqüencias que se les siguen, y los remordimientos que les atormentan. En una palabra, *Bernardo* tiene la eloqüencia, y el rápido y ardoroso fuego de San Juan Chrisóstomo.

El es el último de los Padres de la Iglesia (4), y quien á todos les reproduce. Así sucede en lo que toca á San Gregorio Nacianceno por su victoriosa fuerza en el razonamiento; á San Leon por la magestad y pompa de las expresiones, y á San Gregorio el Magno por la explicacion natural de la moral (5). El tiene el espíritu de todos los Santos Doctores, y para todo no tiene á nadie

(1) Bern. trat. de la Gracia, y del libre albedrío.

(2) Bern. adv. *Abail.*

(3) Bern. trat. de *Trinit.*

(4) *Præf. in vit. S. Bern.*

(5) Mr. el Abad Anselme *Paneg. de S. Bern.*



die mas que á sí propio. Tampoco tuvo *Bernardo* en sus obras modelo alguno á quien imitar.

En efecto ¿qué cosa hay mas inimitable que sus cartas (1)? Ellas tienen el singular mérito de juntar á la gracia en el decir las reglas de la mas sana política, y el espíritu mas puro de la Religion. En ellas llama *Bernardo* con dulzura á la oveja que huye de la obligacion de que se aparta: por ellas alcanza con sus fulminantes excomuniones á los novadores obstinados: por ellas se instruye á los reyes con aquella firmeza evangélica que inspira el zelo sin faltar al respeto: todo es espíritu, piedad y sentimiento: espíritu en su *Apología del Orden del Cister*: piedad en su discurso sobre la *mudanza de costumbres*; y sentimiento en su explicacion del *Cántico de los Cánticos*. Pero en su tratado del *Amor de Dios* (2), obra la mejor y mas bien cimentada de quantas han salido de la pluma de *Bernardo*, ¿no se encuentra tambien un sentimiento que arrebatara los sentidos? ¡Qué obra aquella! En ella se lee, que el motivo del amor de Dios, es Dios. ¡Idea sublime! Que la medida de este amor, es un amor sin medida. ¡Admirable decision! En una palabra, las inimitables producciones de *Bernardo*, llevan por todas partes el sello del fue-

(1) *Epist. ad Henr. I. Epist. ad Gilbert. Epist. ad Lud. Reg. Epist. ad Innocent. Epist. ad Theob. Epist. ad Lothar. Epist. ad Suger. Epist. ad Petr. Clun.*

(2) *Trat. de dilig. Deo.*

go del amor en que él mismo estaba abrazado.

¿Y qué? El engrandecedor del amor divino ¿es ménos elevado y de ménos aceptación quando se hace el Panegirista de María (1)? ¡Qué elogios tan repetidos, y cuánta fuerza en todos ellos! ¡Qué eloqüencia! Debe notarse para gloria de *San Bernardo*, que el Doctor mas devoto de María, fué el que se declaró mas severo contra sus falsos imitadores. La verdadera ciencia no da lugar á los abusos. A estos les condena la de *Bernardo* (2): ella resplandece en todas las obras con que enriquece á la Iglesia, como una ciencia natural y sublime, elegante y concisa, dulce y persuasiva, particular y universal.

Ciencia sobre todos los elogios, que siempre se hizo acreedora de la admiracion de los sabios. Los Norbertos, Malachías, Hugos de San Victor y los Pedros de Cluni la colmaron de alabanzas en el duodécimo siglo. El tiempo se sucede uno á otro, y la gloria de *Bernardo* se perpetúa. Si la Iglesia recoge con respeto en sus escritos el espíritu de *Bernardo*, los concilios inmortalizan aquellos mismos escritos con los mayores elogios. Santo Thomas de Aquino, Buenaventura, Belarmino y Baronio, no cesan de consultarles al paso que creen no comprenderles::: Aun quando la Iglesia no hubiera colocado á *Bernar-*

(1) *Bern. Serm. Super Missus est.*

(2) *Bern. Epist. ad Canon. Lud.*



nardo en la clase de sus mayores santos , le hubieran hecho lugar sus obras como el mas grande de los mayores ingenios.

Hasta la misma heregia se ve obligada á dar el testimonio ménos equívoco de esta proposicion. Los Luteros (1), Melantones y Calvinos (2) aplauden unánimemente la doctrina de *Bernardo* , sin embargo de que encuentran en ella su condenacion.

A no consultar , pues , los escritos de este santo ¿cómo se ha de conocer lo que es? Es un Doctor justamente colocado entre aquellos hombres , que son el apoyo , los árbitros y los héroes de la Religion. Es el ribal de los Atanasios , de los Basilio y de los Ambrosios. Pero baxo este aspecto se podria confundir con los demas sabios Doctores , porque no haria otra cosa que parecer un Padre mas en la Iglesia , que habia venido despues de los otros , y con los mismos talentos y ciencia. Luego ¿quál es el mérito que á él solo le corresponde? Yo os lo diré. Aquel hombre tan profundo y tan sabio , es un sabio sin estudio , su ciencia es una ciencia infusa y divina. Ved ahí lo que no pertenece sino á *Bernardo* ; y ved ahí por que os le he propuesto como hombre único. *Spiritus unicus.*

¿Se creería esto á no haberlo él mismo asegurado? La soledad era la escuela en que sus

(1) *Bernardus omnes Ecclesie Doctores vincit.* Luther.

(2) *Bernardus ita loquitur , ut veritas ipsa loqui videatur.* Calvinus.

sus talentos se manifestaban , su espíritu se exercitaba y su ingenio resplandecia. La piedad era la luz que le iluminaba : la oracion la fuente de sus luces : la cruz el libro en que leía : el Espíritu Santo el que le iluminaba ; y Dios solamente era su maestro. *Deus magister.*

En efecto , al principio de sus dias , y quando aun no habia podido adquirir aquellos útiles conocimientos , que son el muy tardo fruto de la aplicacion , se habia ya formado *Bernardo* en la ciencia de los santos , baxo la direccion de Esteban , modelo y gefe del Cistér. Cistér en donde se reproducia el fervor de la antigua Tebayda ; pero que parecia que él mismo debia causar la ruina: Cistér á quien el mundo admiraba sorprendido , pero sin imitarle : allí fué , ó Dios mio , allí fué adonde vuestra gracia conduxo en la aurora de su razon al mas vasto , aunque ménos cultivado ingenio de la Borgofia: allí fué adonde vuestra sabiduría esparció sobre *Bernardo* aquellos rasgos de luz que le hicieron el oráculo de su siglo por su ciencia , por su retiro y por su predicacion.

Yo confieso , hermanos míos , que se confunden y trastornan mis ideas al ver las diferentes ocupaciones de *Bernardo*. Apenas pudo lograr vivir sepultado en el mundo. Solitario por eleccion y por vocacion apóstol , hasta el mismo *Bernardo* se admira al ver los diferentes géneros de ocupaciones en que se empleaba ; y vosotros mismos os admiraríais tambien , si no supierais que el carácter de



Bernardo es el de ser siempre un hombre único. *Unicus.*

Yo pensaba hacerlos observar el principio de su fervor en el retiro del Cistér. Pero me lo impide el ver que el Angel del Señor conduce á otras regiones á aquel nuevo Tobías. Y ¿dónde le encamina? A un horroroso desierto, donde se atrinchera el delinquente como en un asilo favorable, en donde le sirve de muralla el corazon de las rocas inaccesibles. A Claraval, lugar horroroso, pero donde no se tardará mucho en levantar por el zelo de *Bernardo* los fundamentos de una nueva y preciosísima colonia para la Iglesia. Las lecciones y los exemplos de *Bernardo* dispondrán allí Antonios para el desierto, Atanasios para el obispado, Leones para la tiara y Santos para el cielo. ¡O Claraval! En tí es donde yo pondria la vista para *Bernardo*, si este no tuviera que atender mas que á un solo ministerio. Mas ¿á cuántos diversos empleos está destinado?

Uno de sus panegiristas dice, que es un hombre enteramente para el mundo y enteramente para sí. *Totus omnium, totus suus* (1). Esta es justamente la pintura de su vida. *Bernardo* todo enteramente para el mundo. *Totus omnium.*

Casi al mismo tiempo admiraba Claraval la sabiduría de su gobierno, París la fuerza de su eloquencia, Rheims la extension de sus luces, Tolosa el ardor de su zelo, Milán el res-

(1) *In vit. S. Bern.*

resplandor de sus milagros, Roma la constancia de su heroísmo, y toda la Iglesia su generoso desinterés. Como un relámpago pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, atravesó los Alpes y penetró la Italia. Corre de Oriente á Occidente, y está siempre pronto para ir adonde los intereses de la Religion le llaman. Pacificador de turbulencias, restaurador de la disciplina, y consejero de los Papas. Cada uno de estos títulos indica en *Bernardo* algun rasgo particular de su apostolado. *Totus omnium.*

Este, pues, le exercitó especialmente con dos hombres dignos de ser por sí mismos los apóstoles del Universo: el uno fué Pedro el venerable: el otro el Abad Sugeto: ambos eran muy á propósito para manejar los mas delicados negocios. El primero mas sabio; pero el segundo mas político. El uno mas célebre en la Iglesia; el otro mucho mas en el estado: aquel respetado por los monarcas como merecia serlo; este depositario de su confianza como que no abusaba de ella. Pero el Venerable gobernaba el órden de Cluni con una sabiduría que hacia admirar al Universo. Sin embargo, lo mismo fué echar *Bernardo* sobre Cluni aquella severa vista con que descubria manchadas hasta las virtudes, que advertir en el superior una indulgencia perjudicial, que inmediatamente se atrevió á vituperarla. Consagrado Sugeró á la Iglesia por inclinacion, y dedicado al estado por sus empleos, servia con igual desinterés al sacerdocio que al imperio. No obstante esto,



le parecía á *Bernardo* percibir en el ministerio del príncipe un luxo y una magnificencia que no debía permitirse á un ministro del altar. Determinó advertírsele, reprehendérselo, y aun condenárselo. Y ¿quál fué el dichoso fruto de su zelo y trabajo? Pedro el venerable os lo dirá por sus sucesos: Sugero por su penitencia.

A aquellas primeras victorias se siguieron inmediatamente otras mas decisivas y esenciales. Estas fueron las que consiguió sobre los horrores de su siglo, contra quienes *Bernardo* se declaró y triunfó.

Olvidadas y casi abandonadas las ciencias mucho tiempo hacia, acababan de renacer en Francia de un modo admirable. La escasez de los sabios que se hallaban, engrandecía la autoridad y el mérito de los que habia. Encaminado todo el mundo á disipar las tinieblas de la ignorancia, consultaba con respeto á los ingenios capaces de ilustrarle. Algunos hombres, á quienes la preocupacion honra con el título de espíritus fuertes, se presentaron como filósofos. Pero ¡ah! que quando ellos erigen un trono á la razon con mano tímida trastornan el imperio de la fé con mano atrevida. El abuso de los talentos es el origen de todos los errores.

*Bernardo* les desentraña, aunque se presentan ocultos baxo de mil modos. Tan pronto nobles como sublimes aquellos indignos filósofos penetraban de un rápido vuelo hasta las mansiones celestiales, y tenian por su gefe y cabeza á Gilberto de la Poiree. Inquietos ya

y

y atrevidos, encendian por todas partes el fuego de la discordia, y tenian por guia á Arnaldo de Bresa: ya crueles y sanguinarios, se deleytaban con la mortandad y la carnicería, teniendo por defensor á Henrique de Tolosa: y ya, en fin, delicados y sutiles inspiraban preocupaciones y engaños, baxo el aparente pretexto de destruir los errores, siendo su protector Abelardo. Aquellos maestros del error y de la mentira, se dirigian todos, aunque por diferente rumbo, al único fin de destruir la Religion.

El mérito habia elevado á Gilberto de la Poiree al episcopado. Aun no se conocerian en él mas que sus talentos y virtudes, si no se hubiera deslizado en los errores. Era tan singular en su conducta como en sus ideas: severo por gusto y sin hipocresía: sabio por principios; pero se perjudicaba á su honor en no seguir sino aquellos que se habia formado á sí mismo. En un sínodo diocesano se introduxo ya el mortal veneno de su doctrina. La Iglesia, dice *San Bernardo*, veía con horror hablar á uno de sus Pontífices de la simplicidad de Dios, con un artificio estudiado, y persuadir el error por autoridad. *De simplicitate Dei non simpliciter sentiens.* ¡Funesto origen de una nueva heregia! ¿quién podrá arrancar sus profundas raices? Convócase un concilio en Reims: presídele el soberano Pontífice, y le confian á *Bernardo* el exámen y la decision. Aunque justamente sospechoso el prelado, no temió comparecer en él: *Bernardo* le arguye, le combate, le ater-



ra y le confunde. En vano se interesa el mundo preocupado por la venganza de un humillado Pontífice, y la ignorancia y la pasión tachan á *Bernardo* de un zelo vivo, impetuoso é inflexible. Explicase la Iglesia, y arruínase la heregia por su mismo autor: ¡qué exemplo tan admirable de sumision! ¿Cuál es lo que debe admirar mas, la victoria que consigue *Bernardo* de Gilberto de la Poiree, ó la que aquel principe desengañado, convertido y penitente consiguió sobre sí mismo? Pero algunos mas culpables, aunque no tan sabios como el obispo de Poitiers, quales fueron Arnaldo de Bresa y Henrique de Tolosa, prepararon á *Bernardo* un nuevo motivo de gloria y nuevos triunfos á la Iglesia. El primero era diestro, sagaz é insinuativo: el segundo atrevido y temerario: la doctrina de ambos pastores y sus costumbres se armaron contra la Iglesia. La autoridad de Arnaldo de Bresa exige de la clerecía unas virtudes que, por demasiado rigurosas y excesivas, dexarian de serlo: Henrique de Tolosa ni sabe respetar la virtud en los demas, ni practicarla por sí mismo. En el uno es menester confundir la hipocresía y la impiedad: en el otro la impiedad y la apostasía.

¡Qué poderosas armas opondrá *Bernardo* á aquellos dos hombres tan ciegos! Pintará al primero como rayo exterminador de la paz, enemigo de Jesu-Christo y autor de los cismas (1). Bresa, exclamaba nuestro Santo, les pro-

(1) Bern. Epist. 17.

produxo, la Francia los arrojó, y Roma los detestó. Aquel hombre era un objeto de horror para toda la Iglesia. Sentencia, por fin, *Bernardo*: se humilla Arnaldo, y espira el cisma.

¡Pero tú, presuntuoso y vano Henrique de Tolosa, tú serás perseguido hasta sobre el trono de tu gloria, porque has, dice *San Bernardo*, derribado los altares, demolido los templos é inmolado los ministros de Jesu-Christo! ¿Por cuántas partes se derramó su error? ¡Ah! Las Iglesias se vieron sin pueblos, los pueblos sin pastores, y los pastores sin autoridad. Habla *Bernardo* (1), y todo se cambia. Ya no hay profanaciones, no hay sacrilegios, ni hay víctimas que sacrificar. Admirado Henrique, no advierte en Tolosa mas que menosprecios (1). De este modo cayeron tambien en otro tiempo á los vencedores golpes de San German los restos del paganismo, que aun no se habian extinguido en Inglaterra.

Acababa de perecer un monstruo y faltaba disipar un encanto. ¡Ah! ¿qué encanto mas seductor que aquel que el atractivo Abelardo usaba para dominar sobre los espiritus? Abelardo era conocido por sus talentos, por sus ilusiones, y, tal vez, mas conocido por sus fragilidades. De espíritu vivo, sublime, penetrante y delicado: curioso en sus indagaciones, sutil en sus discursos y hábil para

G 4

unir

(1) Bern. Epist. 240.

(2) Bern. Serm. in Cant.



unir las gracias de la eloqüencia con la profundidad de la erudicion. ¡La lástima es, que casi siempre produce la ciencia en un Filósofo el orgullo! La reputacion es causa de la temeridad, y la presuncion arrastra á peligrosos extravíos. Enardecido Abelardo con sus sucesos, se levantó hasta contra la divinidad. Intentó sujetar á las reglas equívocas del razonamiento un misterio en donde no es permitido profundizar, sino con una fe respetuosa: intentó divisar la unidad, y diferenciar lo que no es susceptible de ninguna diferencia. La metafísica es muchas veces abundante en extravíos (1). ¡Qué hombre, dice *San Bernardo!* Un nuevo Arrio quando habla de la Trinidad: un Nestorio quando trata de la Encarnacion: un Pelagio quando sondea los abismos de la gracia; y como tan consumado en el arte difícil de dominar los espíritus, sabe lograr admiraciones, granjearse amigos, atraerse discípulos, y acreditarse por medio de varios apologistas (2). ¿Quién podia prometerse aterrar á aquel audaz y atrevido ingenio, lleno de aclamaciones públicas? El encontrará, señores, un vencedor á quien respetar: este vencedor es *San Bernardo*. Intenta Abelardo justificar sus errados sentimientos, y les multiplica. Apela con este motivo á Roma, y Roma le condena: se promete hallar mas favorable el juicio y la decision de un concilio: convócase éste, y *Ber-*  
*nar-*

(1) Bern. *Epist. ad Innoc.*  
(2) Bern. *de Errorib. Abail.*

*nar*do es el alma y el principal sugeto de los que á él concurren. Desentráñase el sistema de aquel Filósofo, que era el oráculo del Mundo, y se le demuestra el error. Decide el concilio; y Abelardo pronuncia contra sí mismo su sentencia. ¡Qué gloria para *Bernardo!* Pero la mayor está en que su triunfo se ratificó por su enemigo, precisado á callar, en que este le perdonó, y, en fin, en que se hizo su amigo y su apologista.

Aquí, hermanos míos, debería yo hacer mil descripciones para que las oyéreis con admiracion. Pero en el elogio de *Bernardo* se escapan muchas circunstancias que en otro ménos abundante en maravillas serian muy interesantes. No obstante, es menester que sepais, que él reconcilió á los habitantes de Nápoles con los de Pisa: hizo la paz entre el Arzobispo de Rheims y su pueblo: entre Conrado, Duque de Suabia y el Emperador Lotario: que se presentó en el concilio de Pisa como uno de los mayores ornamentos de la Iglesia de Francia: que fué en tiempo de calamidad el recurso de los infelices á expensas de sus mismos discípulos, cuyo prodigioso número era la obra de su zelo: que:::

Imaginemos todo lo que puede hacer un zelo universal y una caridad invencible: imaginémonos trabajos multiplicados á cada instante, obstáculos siempre continuos, triunfos milagrosos sin cesar, y habrémos formado la idea de un grande apóstol; pero aun no la tendremos suficiente de lo que corresponde á *Bernardo*. Lo que mas sorprende y  
ad.



admira en él, no es el que como apóstol se entregase á todos los trabajos, *totus omnium*: es sí, la soledad con que, á pesar de su predicacion, siempre estaba metido dentro de sí mismo: *totus suus*.

¡O Claraval! Tú serás siempre el centro en donde su corazon permanecerá. Y en caso de que su zelo le obligue á transitar y ausentarse de tí, porque la Iglesia le confie sus mas delicados intereses, ¿quánto le cuesta á su corazon el dexar su amada soledad? La dexa por fuerza, pero tambien vuelve á entrar apresuradamente en ella con gusto. Mas yo me engaño: hasta en el bullicio del Mundo es un perfecto contemplativo: un solitario (1): solitario entre los papas que le admiran, entre los reyes que le buscan y entre los sabios que le consultan: solitario en medio de los hereges á quienes combate, de los libertinos á quienes reprehende, y de los impíos á quienes confunde. Entre los bortascosos negocios de la Iglesia y del Mundo está siempre solo consigo mismo; porque él se dice siempre, con un humilde recuerdo de su conciencia, que es solitario y que no debe dexar de serlo. *Totus suus*.

Juzguemos, pues, de sus sentimientos por sus palabras. Quántas veces repetia: ¡ó dulce, ó tranquila soledad que haces amanecer para mí dias tan afortunados! *O beata solitu-*

(1) *Solitudinem cordis sibi ipsi efficiens, & se cum solitudinem circumferens, ubique solus erat. In vita S. Bern.*

*tudo!* Tú sola causas mis delicias: fuera de tí me busco y me hallo á la sombra de tus florestas: allí vivo feliz y contento: gozo de lo que inútilmente quisiera disfrutar entre los hijos del siglo: esto es, de un reposo sin turbacion, de un mundo sin vicios, de un Dios todo mio. *O beata solitudo! ó sola beatitudo!*

En estos éxtasis religiosos parece que la soledad hace desaparecer en *Bernardo* el apostolado. Tal es su carácter. Cada virtud parece que es en él única y sola. Es un *Samuel* por la prudencia, un *Matatías* por el zelo, un *David* por la penitencia. Pero si en esta imita *Bernardo* á *David*, no le ha imitado así en sus extravíos: *Bernardo* es penitente y justo. Es siempre un hombre único por los singulares rasgos que caracterizan su santidad: *unicus*.

Y vosotros, superiores respetables, que caminais por las huellas de *Bernardo* en los diferentes lugares que santificó por sus exemplos: vosotros, hijos ilustres del Cistér, de la Ferte, de Pontigne, de Claraval y de Morimond: vosotros, mejor que yo, sois el retrato de sus virtudes á quienes imitais. En él nos hareis considerar una penitencia ingeniosa en sus piadosas delicadezas: una penitencia sostenida en medio de los mayores obstáculos que se la pueden oponer: una penitencia diaria y de cada instante; y una penitencia, en fin, con la que en el lecho de la muerte engrandeció los últimos esfuerzos, y de la que encierran sus siempre inmorta-



tales escritos preciosísimas lecciones y documentos.

¡Bernardo penitente! ¿Si se eclipsará este astro algún día? ¿Por qué crímenes, por qué fragilidades, y por qué olvidos tiene que atormentarse y castigarse? La Borgofia le habia visto nacer en el seno de la piedad, y era mas querido á su vista que la gloria de sus mayores. Aun ignoraba su corazon los pensamientos de la naturaleza corrompida, y ya era su cuerpo la víctima de la cruz y del sufrimiento evangélico. ¡O hermosura seductora; ó percedero ídolo, ó nueva Bethsabé, que habias sorprendido su atencion sin fixarla, y que costaste lágrimas á sus ojos, turbaciones á su espíritu, y remordimientos á su corazon! ¡Quién es el que sabe vengarse, como él lo hizo, de una tentacion repentina con un largo arrepentimiento! Tú, estanque helado, en el que expiaba, no digo yo un deseo lascivo, sino el temor de ser permitida una mirada indiscreta: tú serviste primeramente de instrumento para extinguir un crimen en el que no tenia culpa el que se castigaba. A *San Bernardo* solo era á quien pertenecia enseñar al Mundo aquel nuevo género de penitencia.

Pero el asilo mas famoso de la que él sufría era el mismo Claraval. Un trabajo penoso y continuo era su ocupacion, y por él se cultivaba la tierra con utilidad. Su vestido era un horroroso silicio, y con él le parecia que se hacia insensible á los rigores del tiempo. Un sueño muchas veces interrumpi-

vido, y siempre lleno de dolores, era su reposo, y éste descanso tan penoso le daba nuevas fuerzas. Un pan rociado con sus lágrimas, y sazonado con la ceniza y la amargura, era su alimento, y éste alimento insípido tenia para él quanto gusto y delicadeza tenia para los Israelitas el maná en el desierto.

Dos soberanos Pontífices quisieron ser testigos de este edificativo espectáculo, y ambos fueron sus admiradores. Aseguraron que la virtud de *Bernardo* era mucho mayor que su reputacion.

¡Quánto me deleyto al pasar mi imaginacion por los prodigios de este nuevo Juan Bautista! Todo me recuerda el desierto de Egipto: el espíritu de Pacomio y de Hilarión. La mansion que ofrece el monasterio de Claraval, es un valle profundo, rodeado de montañas escarpadas y cubierto de árboles sombríos, una mansion lúgubre colocada en un estrecho terreno, levantada por mano de los solitarios, en donde todo respira fervor, ayuno y penitencia. ¡Que hombres llaman allí mi atencion! ¡Ah discípulos de *Bernardo*! Si yo intentára pintar la penitencia, formarían las vidas de vuestros primeros modelos todos los lineamientos: por todas partes se miran pálidos y descarnados: cuerpos estenuados y abatidos: la virtud misma parece que habita en aquellos penosos retiros, de quien es *Bernardo* el ornamento mas precioso: él solo une en sí todos los caracteres de santidad que se advierten separada-



mente en sus discípulos: ¡Y aun cree *Bernardo* que falta á su estado! Hace por una excesiva humildad que le llamen la chîmera de su siglo. *Chimæra mei sæculi*. Como que se siente el perdonarle aquellas expresiones que le dicta su modestia, porque él solamente es el juez experto y prevenido contra la exácta regularidad de su conducta.

¡O *Bernardo*, se dice él á sí mismo! ¿Qué motivo es el que has tenido para abrazar el retiro, máxime quando hasta ahora no lo has habitado? *Bernardo ad quid venisti?* Tus trabajos nõ tienen parte con tu estado. Avergüenzate de tus extravíos. El Mundo se enagafia en tenerte por un prodigio de ciencia y de piedad. No, *Bernardo*, tú no eres sino un prodigio de flaqueza, y de descarrío. *Non sum talis, qualis putas*.

Así habla la humildad. El Mundo admira las virtudes y la gloria de *Bernardo*. A este le irrita contra sí mismo la importuna imágen de aquella misma gloria. Se llena de reprehensiones al ver que jamas ha sido lo que debia ser. *Monstruosa vita mea*. Con lágrimas de penitencia suplica á la divina misericordia se digne hacerle mas fiel á su estado. ¡Como si no lo fuera en hallarse donde el cielo le llamaba!

*Bernardo* condena hasta sus mismas virtudes, y nosotros, hermanos míos, nos perdonamos hasta nuestros vicios. ¡Qué oposicion esta! Yo hago ver en él un sabio sin estudio, un apóstol solitario, y un penitente justo. ¿Acaso no es un hombre único por los sin-

singulares rasgos que caracterizan su santidad? *Spiritus intelligentiæ, sanctus, unicus*. Si por cierto; pero tambien es un hombre único por la autoridad universal que su santidad le merece. *Spiritus unicus, multiplex*.

## SEGUNDA PARTE.

¡Cuán respetable es la autoridad quando no se debe mas que á la superioridad de los talentos, á la importancia de los servicios y al resplandor de la virtud! A las virtudes de que á todo el Mundo da exemplo: á los talentos que consagra á la Religion; y á los servicios que hace á la Iglesia, es á quienes debe *Bernardo* la singular autoridad que exerce sobre los pontífices, sobre los monarcas y sobre el Mundo entero. Y ¿qué es lo que viene á ser *Bernardo*? Un religioso, un vasallo, un particular. ¡Qué espectáculo tan admirable, señores, es el que va á llamar aquí vuestra atencion! Un religioso que manda á los prelados de la Iglesia, un vasallo que reprehende á los soberanos, y un particular que, por decirlo así, da leyes al Universo. La vida de *Bernardo*, pues, os ofrecerá una prueba sensible, y tal vez única, del mas resplandeciente testimonio que jamas se ha visto dar por el Mundo á la santidad. *Spiritus intelligentiæ, sanctus, unicus, multiplex*.

Aquellos hombres á quienes la Providencia destina en la Iglesia para ser la admiracion y la luz de su siglo, no están mucho tiem-